

SAN JOSE, COSTA RICA

28 de Febrero de 1914

Año IV



Núm. 76

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

dirigida por CARMEN LIRA

LAS JOVENES MAESTRAS



ANGELA BALDARES

CO, ZELEDON
COMPANIA
EDITORES

LITERATURA, CIENCIAS
Y
CRITICA BIBLIOGRAFICA

20 cénts.

RENOVACIÓN

PUBLICACIÓN QUINCENAL

LITERATURA + CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA., EDITORES

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

Esquina frente al Correo — LECTURA BARATA — Apartado Número 638

INTERESA A LOS MAESTROS

— SABER: —

que en la LECTURA BARATA de Falcó, Zeledón & Cía.

Esquina frente al Correo

pueden adquirir las magníficas

Obras de texto y de consulta

que anunciamos en el Boletín Bibliográfico
de la penúltima página.

Allí mismo encontrarán todos los

Textos de la Escuela Moderna

que pueden serles de grau utilidad en sus
tareas. Lo mismo que magníficos Mapas
Geográficos de las diferentes secciones del
mundo.

San José, Costa Rica

28 de Febrero 1914

RENOVACIÓN

LITERATURA - CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Año IV

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

Núm. 76

Ligero estudio sobre tres libros poéticos de Leopoldo Lugones¹

Ante todo os pediré un poco de benevolencia para juzgar tan sencillo trabajo, cuyo principal fin es dar a conocer a grandes rasgos la obra literaria de Leopoldo Lugones, el poeta que vive allá en el Sur, inundando las llanuras del Plata con sus torrentes de inspiración, y esparciendo por los cielos argentinos la majestad de sus versos potentes, llenos de vigor y audacia, en el fondo como en la forma. Aunque en Lugones se admira al pensador, al educacionista, al poeta, y en general al hombre de letras, por ahora me propongo tratarlo únicamente como poeta, siendo posible conocer varios de sus aspectos en este caso.

Lugones nació en Córdoba, ciudad muy importante de la Argentina, y cuna de familias muy conservadoras, detalle que hace pensar cómo este hombre, viviendo en un ambiente tan pacífico, haya llegado a ser un verdadero revolucionario de ideas tan radicales.

De su ciudad natal pasó a Buenos Aires, donde conoció a Rubén Darío, y a hombres distinguidos entre quienes pudo desplegarse su talento con plena conciencia de su fuerza. Lugones, en efecto, estudió mucho, y en compañía de José Ingenieros, dirigió un periódico con tendencias radicales llamado «La Montaña», a semejanza de aquel partido que en la Revolución Francesa llevaba ese nombre.

Lugones ha sido mucho tiempo inspector de escuelas y como educacionista ha escrito muchos libros como la «Didáctica», «Sarmiento» y «La Reforma Educacionista»; últimamente hizo un viaje a Europa y a su regreso dió una serie de conferencias sobre el «Payador argentino».

Cuando tenía 22 ó 23 años, publicó su famoso libro «Las Montañas del Oro», que es una obra definitiva, la cual a pesar de los pocos años de su autor, ha delineado el pedestal en que se yergue el monumento de su bien merecida gloria. Uniendo su alma de artista al inmenso caudal de conocimientos que posee, arroja las escalas de su pensamiento, sobre los árboles, sobre las cumbres encanecidas, y sin declamar, con la calma imperturbable de los grandes, derrama el líquido de sus versos en clásicas vasijas, y si no le caben, se forma otras, creando así, una nueva versificación, demostrando que el poeta no es hechura única de la naturaleza, sino que debe buscar en la instrucción horizontes más amplios para sus concepciones artísticas.

«Las Montañas del Oro» produjeron una verdadera conmoción en toda la América; era algo inesperado: era el león rugiente que se abalanzaba por las puertas del templo, del cual la multitud esperaba ver salir a un Dios.

¹ Conferencia leída en la Sociedad de Maestros en la noche del 6 de agosto de 1913.

Aquella gran columna de ideas en marcha, fué un furioso vendabal que azotó por primera vez en América nuestra tranquila fronda lírica, haciendo sonar con crujidos de cadena de hierro, el endecasílabo español.

La primera parte de su libro es una pequeña epopeya, en que se nota la influencia de Víctor Hugo, pero es esa influencia benéfica, que se comprende sólo de grandeza a grandeza, e imposible de evitar entre dos almas semejantes. Oigámoslo:

Es una gran columna de silencio y de ideas en marcha;
El canto grave que entonan las mareas
respondiendo a los ritmos de los mundos lejanos;
El rumor que los bosques soberbiamente ancianos
dan, como si debajo de largas sepulturas
sintiérase crujidos de enormes coyunturas;
las sordas evasiones de las razas, que arroja
el heroísmo nómada a la vendimia roja;
El *han!* de los supremos designios, que se escucha
en el postrer hachazo que acabará la lucha,
ya sea que se trate de un cedro o de un gigante;
las torres que no alcanzan con su talón triunfante
la horda; el trágico viento de las batallas todo
lo que es grande, o solemne, o heroico de algún modo.
Clamores de conquistas, rumores de mareas, —
va en esa gran columna de silencio y de ideas
que el poeta ve alzarse desde las hondas grutas.

El poeta apostrofa con su clarín sonoro
a la columna en marcha; lo que dice, resuena
como el flujo de bronce de una hornalla harto llena.
Tan fuertes son sus alas, que aquel ser de ancho aliento
parece que en sus hombros lleva amarrado el viento;
Es el gran luminoso y es el gran tenebroso;
La rubia primavera le elige por esposo,
El se acuesta con todas las flores de las cimas,
Las flores le dan besos para que él les de rimas.
El sol le dora el pecho, Dios le sonríe— apenas
hay nada más sublime que esas sonrisas, llenas
de divinidad, que hacen surgir sobre la oscura
silueta de los montes una inmensa blancura zodiacal.

He aquí uno de sus más hermosos pensamientos:

Hermoso y divino es el cielo, porque es indiferente
a las nubes que le hacen mal. El cielo es la frente
de Dios, sobre la eternidad suspensa;
cuando se llena de astros y sombra, es que Dios piensa.
El cielo se repite en las frentes radiosas.
No importa que sean claras o misteriosas
o formidables, siendo capaces del martirio.
No de la infamia! Tanto vale rasgar un lirio
como manchar un astro; el viejo Cosmos gime
por la flor y la estrella con un amor sublime
y total. Grave enigma de amor! Esto consiste
en que el Gran Ser no quiere que ninguno esté triste;
y el dolor, ese fuego que exalta todo nombre,

(Cristo sangriento, brilla; triste, suda como hombre);
Es un heroico vino que ignora la tristeza.
Hombres! no escupáis nunca sobre una gran cabeza:
No seais mancha cuando pudierais ser herida;
El hierro sufre en lo hondo de la fragua encendida,
pero hasta hoy nadie ha visto las lágrimas del hierro.

El poeta cita en un canto a Víctor Hugo:

El canto de esos grandes es como un tren de guerra
cuyas sonoras llantas surcan toda la tierra.
Cantan por sus heridas, ensangrentadas bocas
de trompeta, que mueven el alma de las rocas
y de los mares. Hugo con su talón fatiga
los olímpicos potros de su imperial cuadriga;
y, como de un océano que el sol naciente dora,
de sus grandes cabellos se ve surgir la aurora.

He aquí algunas de sus ideas socialistas:

La razón es el lábaro del ideal eterno;
la razón que no admite ni el cielo ni el infierno.
Dios es un viejo amo, desterrado monarca
que agoniza en la inmensa desolación de su arca.
Sustituir la noche por la aurora, y el falso
culto por la evidencia de la luz; y el cadalso
por el libro; ser astro, ser cumbre, ser progreso;
sentir sobre la frente la dicha como un beso
floral: prender al flanco de la tiniebla, el rayo
cual flamígera espuela; contradecir el fallo
de los siglos; dar cimas a la conciencia augusta;
romper los viejos moldes de la creencia injusta;
confiscar a la sombra su vasto calabozo;
anegar las tinieblas en un vasto alborozo;
deshacer para siempre las coronas de espinas;
sembrar modernas rosas sobre el altar en ruinas;
desencajar las claves del formidable techo
que encubre la sombría negación del derecho;
bautizar con vitales perfumes toda frente;
esprimir frescas uvas sobre el deseo ardiente;
desañar las borrascas con la altivez de un cedro
secular: pedir cuentas a César como a Pedro;
—César que mata, y Pedro que miente; alzar la mano
hasta la consagrada mejilla del tirano,
y con el mismo esfuerzo que inicie la venganza,
ante el culto de muerte proclamar la Esperanza.
He aquí el nuevo dogma! Dios, lacerante yugo
es el primer tirano y es el primer verdugo.
La libertad le niega, la ciencia le suprime:
la libertad que alumbra, la ciencia que redime!
A destronarle, picas! Guerra a Dios! Muerte al mito!

Deseosa de no abusar de vuestra
paciencia haciendo este trabajo dema-
siado largo, sólo he entresacado algu-
nos trozos de esta gran obra, aunque
mis deseos son darla a conocer por
completo.

Hablando de la fe, el poeta dice
que es productora de todo lo bello,

fecundo o luminoso, rosa, amor o estrella, que es una montaña llena de simas en cuyo interior se arrastran los vicios como larvas; y sigue un torrente de ideas libertarias como éstas:

Pueblo, sé poderoso, sé grande, sé fecundo:
 ábrete nuevos cauces en este Nuevo Mundo;
 respira en las montañas saludables alientos;
 destuerce los cerrojos del antro de los vientos;
 recoge las primicias de los frutos opimos;
 ciñete la corona de espigas y racimos;
 desarma la muñeca y el calcañar del fuerte
 cuyos sobacos huelen a bravío y a muerte;
 funda en las nuevas aras los dogmas fraternales
 noblemente rodeados de nimbos siderales;
 borra de tus encías la hiel de todo insulto;
 y haz que las hostias sean, en tu moderno culto,
 no de carne sangrienta, sino de dulce trigo.
 El Tío Sam es fuerte, arraigada en su ombligo
 tiene la cepa de Hércules. En su vasta cabeza
 hay no sé qué proyectos de una informe grandeza;
 aprende el recio canto que esfuerzan sus martillos;
 muere con sus tenazas las cuñas de tus grillos;
 pon en las férreas ancas de sus locomotoras
 una gigante carga de nubes y de auroras;
 desflora con su hierro las cumbres familiares:
 y alzándote desde esos gigantescos altares,
 proclama a Dios, en frente de las excelsas lumbres
 del sol. Los arrabales del cielo son las cumbres.
 Castiga, si hay infamia que castigar; nivela
 los antros, no las cimas; alza tu blanca vela
 sobre el egregio mástil de la fe; tiende al viento
 como un plumaje de oro todo tu pensamiento,
 y abre a la aurora tu alma como un bosque armonioso.

Sobre aquella columna blasfema, flotaban los fulgores de los astros y sonidos semejantes a los que produce el huracán en un bosque de pinos; y el mar oía, y oían las selvas, el antro y la montaña; cafan silenciosas lágrimas de luz y sangre; las sombras pesaban sobre la tierra, y para terminar dice así:

En medio de aquel trágico horror, yo estaba solo entre mi pensamiento y la eternidad. Iba cruzando con dantescos pasos la noche. Arriba los astros continuaban levantando sus quejas que ninguno sentía sonar en sus orejas. Rugían como bestias luminosas, heridas en el flanco, mas nadie sujetaba las bridas; nadie alzaba los ojos para mirar aquellas gigantescas convulsiones de las locas estrellas; nadie les preguntaba su divino secreto; nadie urdía la clave de su largo alfabeto; nadie seguía el curso sangriento de sus rastros... Y decidí ponerme de parte de los astros.

Luego sigue una lluvia de hermosos versos entre los cuales está «Metsépsicosis» en el cual el poeta se po-

ne de parte de los desgraciados y los humildes, y sueña con una nueva redención. Describe en primer lugar un país tétrico poblado de altísimos abetos, donde se oían los quejidos del viento; tal vez, dice el poeta, era el lugar donde estaba la boca del infierno. Sobre las aguas se levantaba un promontorio negro, como el cuello de un potro que hubiera muerto en un combate. La luna, tristísima, aparecía con cara de esqueleto, y el mar, era un mar eterno,

dormido en un silencio sofocante, como un fantástico animal enfermo. Sobre el filo más alto de la roca, ladrando al hosco mar estaba un perro. Sus colmillos brillaban en la noche, pero sus ojos no, porque era ciego. Su boca abierta relumbraba roja, como el vientre caldeado de un brasero, como la gran bandera de venganza que corona las iras de mis sueños, como el hierro de una hacha de verdugo abrevada en la sangre de los cuellos.

Para completar lo lobreguez de tan horroroso cuadro, en la boca de aquel animal ahullaba el hambre como el sonido hueco de las campanas de noviembre. Ahora viene una hermosísima concepción del poeta, que expresa así:

Vi que mi alma con sus brazos yertos—y en su frente una luz, hipnotizada,—subía hacia la boca de aquel perro,—y que en sus manos y sus pies sangraban,—como rosas de luz, cuatro agujeros, y que en la hambrienta boca se perdía, y que el monstruo sintió en sus ojos secos encenderse dos llamas como lividos incendios de alcohol sobre los miedos.

Entonces, dice el poeta:

Y aprendí a aborrecer como los siervos:—y mis ojos miraron en la sombra—una cruz nueva, con sus clavos nuevos—que era una cruz sin víctima, elevada—sobre el oriente enorme de un incendio,—aquella cruz sin víctima, ofrecida—como un lecho nupcial. Y yo era un perro!

Todo el libro «Las Montañas del Oro» está modelado de la manera que hasta ahora hemos visto, con excepción de «Los Salmos del Combate», que este sabio artífice ha escrito con la melodía corriente, como para demostrar que si no ha moldeado todo su libro de ese modo, no es porque

ignore la versificación corriente, sino por apartarse de lo común, formando nuevas vasijas para los tesoros de sus versos. He aquí algunas estrofas:

Escuchas? Mientras lloras y suspiras,
Enardecen los bravos acicates
Al palafreñ de generosas iras,
Y triunfan en las estrofas y las liras
La épica militar en los combates.
.....
Deja el triste laúd de los amores,
Resuella en los clarines de tu rima.
Yo estoy en el tropel de luchadores:
la corona que ciño no es de flores,
Es de zarza de Horeb. Quema y lastima.
.....
Ven! El combate purifica al fuerte.
La espuma nace del furor de la honda.
Si el alevoso error tu sangre vierte,
canta el aria del triunfo ante la muerte
como el grupo inmortal de la Gironda.

Es decir, el poeta cambió la forma del verso, conservando siempre el encanto en lo que escribe.

Y desfilan a continuación hermosísimos cantos a la naturaleza, en los cuales está reflejado el pensamiento de Hesíodo, que el poeta ha llegado a asimilar.

Hay un canto a los árboles que termina de este modo:

Esta es la hora en que los árboles con sus carnes devoradas por las hachas,—se revisten de misterio.—Y cómo lloran sus hojas—por el crimen de las hachas como párpados sangrientos!—Cómo sufren en sus almas silenciosas, del adiós que dan los días en el linde del desierto!—Su plañido de mil años se desata cada tarde,—como la humedad siniestra de los dolientes pañuelos,—su plañido que se queja del martirio de las hachas,—en los profundos ropajes del Silencio:—mientras las llagas reviven—en sus temblorosos cuerpos—(oh las llagas sollozantes bajo el filo de las hachas!—oh las llagas de los vástagos abiertos!)—y la noche—va poniendo como una ancha—caricia de terciopelo,—con sus manos gigantes que salen de los crepúsculos,—en el lívido terror de sus cabellos.

En «Las Montañas», transmite los lamentos que ha oído salir de las cumbres durante la noche; son lamentos de angustia de las cimas, sujetas a soportar siempre el frío beso de las nieves que las cubren con su helado manto; pero a pesar de ser quejas, encierran majestad y grandeza; en primer

término, describe un paisaje iluminado por la luna, pero no una luna como «la ruínosa cara de un esqueleto», que encontramos en «Metempsícosis», sino

como una ave de las alas candidas en anuncio de asunciones,—que pasa abriendo el sereno cristal de ilusorios mares,—lentamente—sobre la honda majestad de los paisajes.

Quien haya estado en un bosque en una noche iluminada por la luna, podrá sentir mejor las estrofas siguientes:

y la noche está pintada—cual la piel de los jaguares;—y se mira, como flotas—arboladas de mil mástiles,—vastas selvas anegadas—por los reflejos lunares;—y se ven las selvas naufragas que parecen ir flotando—con silencio de cadáveres,—en el trémor de unas grandes aguas pálidas—que a manera de anchas sedas amortajan a los árboles.

.....
Oh cuan fríos son los besos de las nieves,—de las nieves que ensangrenta la agonia de las tardes,—y cuán largo es el martirio que tortura aquellas rocas—bajo el vuelo indiferente de las águilas salvajes—en la desnudez eterna de los silenciosos cielos,—en la grande orquesta de órganos de las negras tempestades,—en la enorme decadencia de los siglos transcurridos,—en las noches armoniosas como cíclicos cantares!

Sale de «Las Montañas» y empieza «La Mar» a alegrar el espíritu con el hermosísimo paisaje de la costa a la puesta del sol, y se oyen los suspiros de la espuma en las orillas, los sollozos de las olas y adentro los rugidos del mar, en contraste con la calma y silencio de la playa.

El sol huye a las distancias—de la soledad marina,—y parece una gran rosa deshojada—sobre la roca opulencia de las nieblas; una brisa—llena de alas emigrantes—y de asperezas salinas,—cruza, la pálida tarde—como un suspiro de víctima.

Más adelante dice:

Y la Mar, sus grandes pechos—de sirena echa a la orilla,—y los muerden los peñascos,—y las ásperas arenas los lastiman;—y es entonces cuando se oye la gran voz de los abismos,—que se queja de la orilla,—y es un martirio de olas—el martirio de la mar estremecida,—que en las rocas de la tierra va a estrellar perpetuamente—las desnudeces benignas—de sus pechos espumosos—que las peñas formidables martirizan.

Sigue el desfile con un bellissimo canto al Carbón que termina de esta suerte:

Las voces de las hogueras son las voces de las selvas sumergidas—en la tumba secular de las arenas,—los gemidos de los vientos prehistóricos—que guardaron como tumbas las cortezas,—la expansión de los incendios que torcieron las raíces de los montes,—y doraron los metales del tesoro de las vetas,—conmoviendo con rumores de grandes pasos de hierro,—la solemne arquitectura del portal de las cavernas,—Y cuál llora el corazón de las montañas—su martirio generoso desde el seno de la tierra!—Y sus llantos son de brasas (lágrimas de oro flamígero)—y aquel gran corazón martir despedita su grandeza,—en el bárbaro suplicio de las fraguas,—aquel gran corazón mártir de los montes de la tierra, que en su herido seno guarda transformadas en diamantes,—almas de estrellas...

«Las Vacas» es un hermosísimo poema panteísta en que está vivamente reflejado el dolor de las vacas que han llegado olfateando un charco de sangre que se levanta de la selva, donde ha sido degollada una de ellas.

Hay un árbol en la selva,—un árbol de largas hojas,—vieja lira de los vientos,—denso palio de los sueños de la sombra,—Y hay una mancha de sangre al pie del árbol excelso,—y es una ancha mancha roja,—junto al vivac de una nómada caravana moabita—que durmió cuarenta noches con su tropa—de grandes bueyes arábigos,—al amparo de la sábana de hojas.—Y la sangre es de una vaca degollada—cuya lúgubre osamenta se disputan las raposas.

De repente, el silencio es interrumpido por un largo tropel, por un lamento triste, lleno de congojas. Son las vacas, que han llegado olfateando el olor de muerte que se levanta de la selva.

Y destilan grandes lágrimas—llenas de candor salvaje, sus pupilas soñadoras,—y la sangre derramada se humedece—empapada de gemidos y congojas.—El terror de los silencios—huye a pasos gigantescos por las rocas,—y la noche, destrenzando sus cabellos de tiniebla,—como una enorme palmera sobre aquel dolor se encorva.—¡Oh, cuán largo es ese llanto de las hembras desoladas,—sobre el húmedo degüello que en la tierra erial se borra—, junto al noble trono de águilas conque alcanzan a los astros—las rocas!

Continuando su inclinación hacia la naturaleza ha dejado un canto al viento que describe así:

Como una—gran yegua negra que aparece por el fondo—visionario del crepúsculo, y el cuello ornado de inmensas—crines, estiende, empapándolo en los largos flujos rojos—del Poniente; como una—yegua negra en cuya grupa sienta su triste abandono,—una inmensa mujer blanca, que es la Luna,—una inmensa mujer blanca de cabellos luminosos;—la Noche viene, turbada de pensamientos solemnes—y de gemidos heroicos,—que van quedando prendidos en las ramas de los sauces como agonizantes pájaros de oro.

Es el viento el que gime, trayendo los gemidos de las tumbas olvidadas, los que dan los moribundos entregándose en brazos de la Muerte, gemidos

largos como la esperanza,—largos como una vigilia astronómica, como el brillo de la estrella,—que tienen fija los ciegos en el limbo de sus ojos.

Trae los lamentos de los suicidas, los aullidos de los perros, los gemidos de las ciudades desoladas por la peste, con sus calles abandonadas; así pasa el viento.

que es el enorme sollozo—que la tierra perpetúa sobre el arpa de los bosques,—largo y hondo,—largo y hondo,—sobre el arpa de los bosques entre cuyas largas cuerdas—va arrastrándose el sollozo,—largo, largo sobre el arpa, largo, largo, entre las cuerdas; largo, largo,—y hondo....

Cierra el poeta su magnífico estuche con un canto a las torres que es un verdadero derroche de imaginación y de belleza.

Colocado en una alta torre, y pudiendo abarcar muy vastos horizontes, ve pasar las procesiones de los siglos desde tiempos muy remotos.

He aquí algunos reflejos:

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira las torres más viejas levantarse entre poblaciones de esfinges, de pterodáctilos, de tortugas, de leones; sueños del hombre cuaternario, sueños bajo las palmeras, tan grandes que cada una parece una noche; sueños de gigantes llenos de vello, de gigantes cuyos dientes han quebrado las costillas sangrientas del buey salvaje; de gigantes cavadores de montañas; de gigantes que



poseen el dogo y el pavo real: de gigantes que cuando están ciegos de vejez, van a oír rugir el mar. para aprender sonidos y hacer idiomas.

Las siguientes estrofas son evocaciones de interesantes hechos históricos; ve el poeta despedirse las naves para los continentes, para las tierras donde el sol se acuesta entre palmeras, donde hay resinas, esencias, bálsamos, corales, y perlas, estas últimas dice, «en conchas de valvas rosadas, como hostias intactas entre labios que comulgan».

Y va Cristóbal Colón con una cruz y una espada bien leal; y Marco Polo con un tratado cosmográfico de Cosmos en la mano; y Vasco de Gama con un astrolabio en el mástil; y Hernando de Magallanes con una hacha al cinto; y la May Flower con la carta del rey Juan; y Dumont d'Urville con un planisferio y una áncora; y Tasman con una brújula; y Stanley con el lápiz del New York Herald y su casco de corcho; y Livingstone con su biblia y su esposa, David Livingstone, el padre del Nilo.

Al conjuro solemne del poeta, reviven desde Franklin, Nansen, Kane, en camino hacia el Polo, y Darwing, Pasteur, Emerson, Laplace, Hugo, Wagner, hasta Garibaldi, San Martín, Lincoln, y casi todos aquellos para quienes el jardín de la historia conserva una flor inmortal que perfume su recuerdo.

Y cuando todas las torres han caído, sobre la torre de Oro aparecen las virtudes seráficas; el Amor, vestido con todas las piedras preciosas del mundo. La Esperanza, cubierta con todas las flores de los climas. Y más alta, más alta, sobre todas las oraciones, sobre todas las liras, vestida con el fulgor de todos los soles, saludada por el fervor de todas las alabanzas, como un corazón de oro fundiéndose en llamas, más alta, más alta la Rosa resplandeciente: la Fe, en una formidable desesperanzamiento de astros.

En «Las Montañas del Oro» hemos admirado al cantor de la naturaleza, al que por primera vez en nuestro continente se ha atrevido a explorar ocultas selvas del venerable bosque de la lírica española.

En «Los Crepúsculos del Jardín» aparece el enamorado que canta sus amores, con la fogosidad tirana de la juventud; son amores impetuosos como los de «La Mar» de su libro anterior.

Sostenido por las alas de su fuerza de erudición, lleva sus concepciones hasta lo admirable; por ejemplo, oigámoslo en «El Buque»:

Suena la hora; en traje de oro va la tarde a la ribera,
Sobre el brillo de las aguas una barca va a zarpar—
El oleaje brilla mucho, toda el agua rebervera...
Se habrá hundido algún tesoro sobre el vértigo del mar?
—No, que el mar en estos días no tragó ningún tesoro,
Dice el pálido remero que en la barca va a zarpar;
Es la tarde que a las olas arrojó puñados de oro.
Acaso ignoráis, señora, lo avariento que es el mar?

Antes de pasar a la segunda estrofa desearía recordar la fantasía de Wagner sobre el «Buque Fantasma», que está basada en una leyenda del Norte, la cual se refiere a un buque, sombra de todos los que han sido sepultados en el fondo tranquilo de las aguas, y que sólo se ve aparecer en el mes de los muertos, sin que se conozca qué marinos lo tripulan. Sigamos:

Suena la hora: en traje rojo va la tarde a la bahía,
sobre el brillo de las aguas orza un lúgubre bajel.
El oleaje está sangrando de irritada pedrería
Como un río de rubies, y el bajel se va con él.
Bajo el palio de los pinos alguien canta un himno ex-
[traño...

Veis, señora? en apariencia nadie guía ese bajel.
Pero todos aseguran que en noviembre de cada año,
De aquí parte, sin que sepan que marinos van en él.
Suena la hora: en traje blanco va la tarde a la atalaya.
Sobre el brillo de las aguas boga un lento bergantín.
El oleaje tiene espumas, y en el sueño de la playa
Cada ola, tristemente, deshojando va un jazmín.
Tras los pinos familiares algo pálido agoniza...
Hacia costas encantadas se apresura el bergantín.
Ah, señora, ese suspiro de la mar que el viento riza.
Ha empapado con su angustia vuestras manos de jaz-
[mín!

Musset, en una de sus baladas dice que la luna, al pasar sobre la torre, es como el punto sobre la i. Lugones, hablando de una joven dice que «tiene por distintivo un menudo lunar junto a su cuello».

Bagatela jovial, sólo en la liza
de algún fútil amor sufrió quebranto,
y ese lunar que la individualiza

como el tilde a la i. forma su encanto.
Adora las baladas «A la Luna».
Sabe un poco de Schuman no muy triste,
y corona superflua como una
cinta el viejo blasón que ya no existe.

El nombre «Hortys Deliciarun» que da a una de sus poesías, evoca el recuerdo de un libro místico que poseían los monjes de la Edad Media, y que es admirable por las perfectas miniaturas que contiene.

En la poesía de Lugones, hay una estrofa que dice:

Hoy cantan los maitines de las flores;
deja arrastrar tu falda entre mis penas,
y al ritmo de la sangre de mis venas
trovaré el virelay de tus amores
y canonizaré tus azucenas.

En los tiempos medioevales, las ondinas del Rhin, luciendo sus doradas cabelleras, salían por las noches a la superficie del agua, y entonaban cantos de amor en los cuales empleaban la palabra virelay; el poeta, asociando las ondinas con los trovadores, no dijo *cantaré*, sino «trovaré el virelay de tus amores».

En la teogonía hebrea, se da el nombre de Elohim a los dioses creadores, y el libro sagrado se llama Cábala; en el «Canto del Amor y de La Noche», para dejar una idea clara de lo que quiere decir, se expresa así:

Esta noche de verano,
que las potencias con su encanto abisma,
bajo un cielo de pantalla y de sofisma,
lograremos el sueño anglicano,
A midsummer nights dream
al soplo cabalístico de un nocturno elohim.

Sigamos deshojando:

PARADISIACA

Cabe una rama en flor busqué tu arrimo.
La dorada serpiente de mis males
circuó por tus púdicos cendales
con la invasora suavidad de un mimo.

Sutil vapor alzabase del limo
sulfurando las tintas otoñales
del Poniente, y brillaba en los parrales
la transparencia ustoria del racimo.

Sintiendo que el azul nos impelía
algo de Dios, tu boca con la mía
se unieron en la tarde luminosa.

Bajo el caduco sátiro de yeso,
y como de una cinta milagrosa
ascendí suspendido de tu beso.

«Delectación Amorosa», «Oceánida»,
«Holocausto».

«El Éxtasis», «La Alcoba Solitaria»
son sinfonías que se escapan de la lira
mágica del poeta.

«El Pañuelo» es una preciosa perla
gris, por el tinte que tiene de la tris-
teza de las despedidas:

Poco a poco, adquiriendo otra hermosura,
aquel cielo infantil de primavera
se puso negro, cual si lo invadiera
una sugestión lánguida y oscura.

Tenía algo de parque la espesura
del bosque, y en la pálida ribera
palidecía la tarde cual si fuera
algún ser fraternal en desventura.

Como las alas de un alción herido,
los remos de la barca sin consuelo
azotaron el piélago dormido.

Cayó la noche, y entré mar y cielo
quedó mucho tiempo suspendido
el silencioso adiós de tu pañuelo.

«Elegía» es el recuerdo que Dryops
el flautista hace de sus cuatro amores
pasados, que evoca en los sonos de su
flauta, suaves como suspiros.

Al rumor de la sombra que le da suave pauta,
Para adormir las horas Dryops toca su flauta.
Toca, y como las voces de la flauta son cuatro,
El bosque pensativo que sirve de teatro
A las broncas faunalias, en cuyos escarceos
Las bocas son panales y abejas los deseos,
Oye cómo en la flauta de voces obsesoras
Que está a modo de un ágil huso hilando las horas,
Dryops, a fuer de amante preso en dulces cadenas,
Canta sus amores que son cuatro penas.

Y dice la primera voz de la flauta
leve:

HISTORIA DE PHANION

Phanion es como un rayo de sol sobre la nieve.
En sus ojos pacíficos es siempre de mañana.
Sus manos son cordiales como las de una hermana.
Es tan sencilla la gracia que atesora,
Que no se la echa de menos sino cuando se llora.
Tiene el ser incorpóreo de una amable fragancia
Que, sin ocupar sitio, llena toda la estancia.

Cuando sus ojos, llenos de silvestre dulzura,
Tendían su mirada como una seda obscura
Sobre mis balbucientes ansias, un gran sosiego

Apagaba en candores intangibles mi fuego.
Y llegaba el silencio, de aquel amor testigo.
A ponerse entre ambos como un gran perro amigo;
Y entonces esos ojos, para mi dicha inerte
Se volvían inmensos como el mar o la muerte.

En Phanion está representada la
mujer que ha inspirado un amor esen-
cialmente espiritual. Continúa así:

Recordando el perfume de viejas alegrías
Al hombre numeroso de penas y de días,
Phanion revive a veces en mi alma taciturna
Como indecisa nébula en la quietud nocturna.
Y vuelvo a ver sus manos, sus manos luminosas
De inocencia, curando mis enfermedades rosas;
Y vuelvo a ver sus ojos, a medias compungidos
En la nostalgia atónita de los otoños idos;
Sus manos que padecen como infantas reclusas,
Deshojando en jazmines ilusiones confusas.
Sus ojos, que en el duelo de trágicos saludos,
Tan sólo llorar saben, como niños mudos.
Y ya nada recuerdo de sus otros hechizos....
Nada sé de sus labios, nada sé de sus rizos:
Pues cuando nos amábamos, con la infantil sorpresa
De aquellos grandes éxtasis de luz, yo estaba en esa
Edad de cuitas breves y fáciles sonrojos,
En que sólo se adoran las manos y los ojos

Los otros cantos de la flauta son
otros tantos recuerdos dedicados a As-
clepias, Timo e Ianira, el último de los
cuales dice así:

Fué a la hora en que de pálido violeta se viste
Como si aligerara meditados duelos,
La estrella de la tarde consolaba a los cielos.
La noche, apresurando fugas de inquietas aves,
Espaciaba en las nubes no sé que ideas graves,
Y orlaba el horizonte donde el silencio piensa.
Con la azulada sombra de una pestaña inmensa.
Así estaba el crepúsculo cuando te ví, Ianira;
Y aquello fué una tarde, porque si bien se mira,
Cuando el amor en lo hondo del ser se arraiga y arde,
Toda gran desventura comienza así: una tarde....

Más adelante dice así:

Bien sé que tú no puedes amarme, pero deja
Que en sueños imposibles te traduzca mi queja.
Un poco de imposible vuelve al amor más puro,
El recuerdo es solemne como un santuario oscuro,
Y en sus sagradas sombras te considero muerta,
Para poder amarte sin que nadie lo advierta.

Después de hacer un recuerdo al
día en que conoció a Ianira, dice:

Desde entonces mi vida, falta de tu presencia,
Es como una redoma que contuvo una esencia.
Tu desvío me manda que me aleje, y no puedo,
Con mi pena agonizo, sin ella tengo miedo.

La media noche atarda su paso en la arboleda,
Y al solo de la brisa que se vuelve más queda,
Tiene su negro ámbito, sobre el mundo suspenso,
El murmullo indeciso de un caracol inmenso.
Y Dryops, el flautista, preso en dulces cadenas
En una melodía funde sus cuatro penas.
Su alma se abre y palpita como una grande ala,
Y por su hilo de música la inmensidad escala.

Continúa el desfile con «El Mal Ine-
fable». «Aquel Día»... y «Las Loas de
Nuestra Servidumbre» hasta llegar al
«León Cautivo» en que el poeta pinta
la melancolía de un león ya viejo,
condenado a vivir encerrado en una
jaula, y que a pesar de su decadencia
siente a veces los impulsos de su san-
gre y recuerda que

Es la hora en que hacia el vado, con nerviosas cautelas
Desciende el azorado trote de las gacelas.
Bajo la tiranía de atávicos misterios,
La fiera siente un lúgubre influjo de destino,
Y en el oro nictálope de su ojo mortecino
Se hastía una magnánima desilusión de imperios.

«El Crepúsculo de los Condores» es
un paisaje en que sólo se ven rocas al-
tísimas y agrestes, selvas vírgenes que
sólo se han abierto para dar paso a las
fieras, condores, buitres, y luchas de
gigantes en la inmensa soledad de las
alturas. El silencio es el único que
contempla el paisaje, teñido ya de
crespón por la agonía del sol; de re-
pente, aparece un condor que vuelve
a su morada, y desde las alturas, pa-
sea su mirada por las rocas natales,
donde ahora guarda sus hijos, que lo
esperan ansiosos por la presa que les
lleva.

El viento zumba en su alma como en una alta verja:
Su vuelo cruza en largos soslayos de navaja;
Y cuando a breve trecho de su páramo baja,
Con la emoción sanguínea de un ímpetu bizarro,
vibra la cresta en su áspera cabeza de guijarro;
Y una feroz codicia, que es paternal desvelo,
En la vivida gota de su ojo centellea.

Pero he aquí que un viejo buitre
aparece en los aires, mecándose con
tal lentitud que parece dormir fasti-
diado de montaña y de infinito; vuela
tan alto, que el sol, que ya dijo «hasta
mañana» a la llanura, aun le dora con
sus rayos a diez mil pies de altura. Se
siente fuerte en medio de su decrepi-
tud y volando hacia la roca, morada

del condor y su prole, resuena en la inmensidad un crujido de hierro, del hierro de los picos que han chocado en la lucha de gigantes en la inmensa soledad de las rocas.

En «Las Montañas del Oro» apreciamos la audacia del poeta, que rompiendo aparentemente las cadenas de la versificación, echa a volar su pensamiento más osado todavía, por todo lo que hay de grande en la naturaleza. En «Los Crepúsculos del Jardín», es el enamorado que modela en bellísimas estrofas el amor frenético de la juventud. «El Libro Fiel» perfuma como un manojo de rosas empapadas de rocío; es un haz de recuerdos, de cantos inspirados en el amor del hogar; es el amor del hombre ya maduro; es el libro fiel a sus recuerdos, y que dedica a su esposa; hay que leerlo muy despacio, para saborear las dulzuras que encierra cada una de sus páginas.

Quien haya estado en una casa habitada por seres queridos que se encuentren ausentes, podrá sentir mejor el siguiente canto, que se refiere a esa sensación de vacío que se siente en la tristeza de una casa, habitada únicamente por la ausencia:

CANTO DE LA ANGUSTIA

Yo andaba solo y callado
Porque tú te hallabas lejos;
Y aquella noche
Te estaba escribiendo,
Cuando por la casa desolada
Arrastró el horror su trazo siniestro.
Brotó la idea, ciertamente,
De los sombríos objetos:
El piano,
El tintero,
La borra de café en la taza,
Y mi traje negro
Sutil como las alas del perfume
Vino tu recuerdo,
Tus ojos de joven cordial y triste,
Tus cabellos,
Como un largo y suave pájaro
de silencio
(Los cabellos que resisten a la muerte
Con la vida de la seda, en tanto misterio)
Tu boca donde suspira
La sombra interior habitada por los sueños,
Tu garganta,
Donde veo

Palpitar como un sollozo de sangre,
La lenta vida en que te meces durmiendo,
Un vientecillo desolado,
Más que soplar, tiritaba en sople ligero.
Y entretanto,
El silencio,
Como una blanda y suspirante lluvia,
Caía lento.
Caía de la inmensidad,
Inmemorial y eterno.
Adivinábale afuera
Un cielo,
Peor que obscuro:
Un angustioso cielo ceniciento,
Y de pronto, desde la puerta cerrada
Me dió en la nuca un soplo trémulo.
Y conocí que era la cosa mala
De las casas solas, y miré el blanco techo,
Diciéndome: «es una absurda
Superstición, un ridículo miedo»
Y miré la pared impávida,
Y noté que afuera había parado el viento.
Oh aquel desamparo exterior y enorme
Del silencio,
Aquel egoísmo de puertas cerradas
Que sentía en todo el pueblo.
Solamente no me atrevía
A mirar hacia atrás, aunque estaba cierto
De que no había nadie; pero nunca
Oh nunca habría mirado de miedo,
Del miedo horroroso
De quedarme muerto,
Poco a poco, en vegetante
Pululación de escalofrío eléctrico,
Erizáronse en mi cabeza
Los cabellos,
Uno a uno los sentía,
Y aquella vida extraña era otro tormento.
Y contemplaba mis manos
Sobre la mesa, que extraordinarios miembros!
Mis manos tan pálidas,
Manos de muerto,
Y noté que no sentía
Mi corazón desde hacía mucho tiempo,
Y sentí que te perdía para siempre,
Con la horrible certidumbre de estar despierto.
Y grité tu nombre
Con un grito interno,
Con una voz extraña
Que no era la mía, y que estaba muy lejos.
Y entonces, en aquel grito,
Sentí que mi corazón muy adentro,*
Como un racimo de lágrimas
se deshacía en un llanto benéfico,
Y que era el dolor de tu ausencia
Lo que había soñado despierto.

La «Oda al Amor» es otro hermosísimo canto, una definición del amor concebida en estos términos:

Implacable ansiedad de querer tanto,
Fatal delicia de seguir queriendo;
Amor terrible con tu mismo encanto.
Porque es así que sin pavor ni estruendo,
Viene y nos clava el peligroso infante,
Tras la gota de miel, dardo tremendo.

En aquella incurable destemplanza.
Tuércese el vino de la fe, y es trueco.
De piedra dura el pan de la confianza.

Ab, por cierto el amor no es cosa grata;
Antes ridiculiza e importuna.
Y exprime en llanto cruel lo que no mata.
Pero también, por singular fortuna,
Te comunicaré en noche bendita,
El dulce bien de descubrir la luna.
Y el poético ingenio de la cita,
Y la sublime ciencia del destino
En el librito de la margarita.

En la paz del crepúsculo remoto.
Tu corazón como las azucenas,
Toma un noble interés de vaso roto.
De tu embriaguez de lánguidos panales,
De tu ósculo profundo haciendo copa,
Se embeben las palomas conyugales.

Así entrega tu ser leña maciza
Al fuego juvenil, y a la edad yerta
Suave aroma en la flor de tu ceniza.
Y al fraternal dolor siempre despierta,
En la fiel simpatía de tu llanto.
Su sal y su agua la piedad oferta.
Alza conmigo tu sincero canto,
Y él te arroje en perpétua melodía,
Porque fuiste capaz de querer tanto
Y de seguir queriendo todavía.

«Paseo Sentimental». «Serenatas». «A Ti». «El Dolor de Amar». «Nocturno», forman parte de tan delicado libro.

«La Joven Esposa» es un recuerdo de amor y agradecimiento dedicado a su compañera, como todo el libro.

Oigamos algunas estrofas:

Oh la dicha de haber estado grave,
Y de sentir con tu presencia
La beatitud de la convalescencia
En una madurez pesada y suave!
Y bajo una paz lejana,
ver afanarse con seriedad sencilla,
Tu diligente juventud de hermana
menor, al son de la cucharilla
Que está entibiando una tisana.
Oh suave prescripción, oh suave cautela!
La vela temblorosa riza su bucle rubio,
En la sala obscura y distante, un effluvio
De Polen solar, finge tu angelical estela.
Oh bondad evidente de todo lo que existe!
Y tu frescura de aseada muselina
Qué me llega al corazón y me ilumina
Con una piadosa ternura casi triste.

Lugones ha escrito otros dos libros poéticos: «Lunario Sentimental» y «Las Odas Seculares», pero en los tres que hemos estudiado se pueden conocer diferentes aspectos del artista que se inició en el mundo de las letras con aquella gran columna de ideas en marcha.

Angela Baldares

La canción de siempre

(De Santiago Rusiñol)

FIGURAS

PIERROT
COLOMBINA

La escena en una guardilla. Un gran ventanal desde donde se ve el cielo en la puesta de sol, y una gran ciudad azulada. En la habitación, muebles pobres.

Colombina cose a la máquina un vestido de seda blanca. Al otro lado, Pierrot, delante de una mesa y sentado en un sofá viejo, tiene una pluma en la mano y mira a lo alto.

COLOMBINA.—¿Qué haces, Pierrot?

PIERROT.—¿Qué quieres que haga? Busco un consonante que se me ha perdido.

C.—¿Y dónde le buscas?

P.—Donde están todos los consonantes: en las nubes. Pero como aquí

no se ven las nubes, tengo que hacer como las golondrinas: buscarle en las vigas.

C.—¿Tan altos están los consonantes?

P.—¿No ves que en la tierra los barren los hombres prácticos de la vida? Se van a los encajes de las telarañas, y allí sólo hallar lo saben los poetas. Anda tan perseguida la poesía que pronto costará más encontrar un consonante que un duro.

C.—¿Y qué escribes?

P.—Ilusiones. Quisiera rimar cosas que no riman, amor con dinero, miseria con alegría, gozo con dolor, y veo que es gastar tinta en balde.

C.—Notendrás nunca juicio, Pierrot.

P.—Ni ganas. El juicio no se ha hecho para nosotros; y si no, mírate en el espejo, si le encuentras: desde que eres mujer de tu casa estás triste. Antes, cuando ni tú ni yo teníamos eso que llamas juicio, esto parecía una jaula de besos. Si las paredes tuviesen eco y hablasen, esto hubiera parecido un árbol donde están jugando los pájaros. Ahora, con la racha de sentido común que te ha entrado, hace un frío de honestidad aquí dentro que, en vez de un nido de pierrots, parece una oficina laica.

C.—Hay que pensar en el mañana, Pierrot.

P.—¡El mañana! ¿Aun no hay bastantes que piensen en eso que llamas mañana, que hasta hemos de pensar nosotros? ¡Dichoso mañana! Miremos el pasado mañana; al menos miraremos más lejos.

C.—Tenemos que ser prudentes, Pierrot.

¡La prudencia! ¿Sabes lo que es la prudencia? Es la disculpa de los cobardes. Esta epidemia de cuentas nos matará; lo único que nos quedaba a los que nadamos sin sentido por sobre este valle de lágrimas: nos matará la esperanza. ¿Quién nos había de decir que hasta tú, tú, Colombina, habías de enfangarte en este charco del orden?

C.—Calla.

P.—¿Es que no lo ves? Acurrucada delante de esta máquina, has perdido la risa, perderás el cantar, te marchitarás, como las hojas, y esos ojos que tienes como dos moras, que riman como una canción, se te irán aclarando de tanto mirar ropa blanca.

C.—Somos pobres.

P.—Tú ya lo eres; pero yo aun no. Mientras no me dé miedo la miseria, no lo seré.

C.—¿Y de qué vivirás?

P.—De las migas de pan que caigan, de la fruta que sacudan los árboles, de la claridad del crepúsculo, de la libertad, del rumor del bosque, del hambre, de lo que sea. De todo menos de tener orden.

C.—¿Sabes lo que dices?

P.—Y lo que hago. No quiero de-

gradar el oficio, el don de inspiración sagrada.

C.—¡Ay, pobre Pierrot!

P.—Me queda un recurso antes de rebajarme al orden.

C.—¿Qué recurso?

P.—Morirme.

C.—¿Por qué dices eso?

P.—Porque Pierrot tiene su destino; cantar canciones para los demás o morirse alegremente.

C.—Pues yo quiero vivir y no alegremente. Pierrot, quiero vivir con juicio.

P.—¡Ay, pobre Colombina mía!

C. La Colombina de otros tiempos, alegre y loca, ha cambiado. En vez de aprender a ponerse una flor, ha aprendido la cartilla; en vez de bailar, ha aprendido cuentas; en lugar de tener la cabeza a pájaros, la tiene a números.

P.—¡Infeliz!

C.—¿Sabes lo que ambiciono? Un piso con cortinillas blancas, butacas con fundas, retratos de familia en las paredes...

P.—Y flores de talco.

C.—Y floreros y todo. Como lo oyes. Aspiro a ser hacendosa, económica, a hacer media...

P.—A poner dinero en la caja de ahorros...

C.—Al seis por ciento.

P.—A tener torre y todo.

C.—Torre y todo; con peces de colores, estanque, bomba...

P.—De todo menos flores. ¿No es eso?

C.—Las flores para los días de fiesta.

P.—Calla, calla, que iba a llamarte lo que no quiero.

C.—Habla. ¿Qué me quieres llamar?

P.—¡Burguesa!

(Pierrot se aleja y apoya los codos sobre la mesa. Colombina deja de trabajar y se acerca a él.)

C.—¿Te has enfadado? ¿No ves que lo he dicho para hacerte rabiar? ¿No me quieres, Pierrot?

P.—Sí.

C.—¿Qué haces?

P.—Lo de siempre: sueño.

C.—¿Sueñas despierto?

P.—Siempre sueño despierto. Soñar durmiendo es soñar a medias: no se pueden dirigir los sueños.

C.—¿Y qué sueños quieres soñar?

P.—El de poner la vida en verso, mientras me sitia la prosa.

C.—¿Y por qué no buscas lo que quieres en el trabajo? ¿No te dice nada mi ejemplo?

P.—Me dice que somos esclavos; que eres esclava; que tus dedos, que están hechos para coger rosas, tienen que trabajar para los demás.

C.—También en las rosas hay espinas.

P.—Pero las máquinas tienen agujas, y esas son de acero: no dan aroma.

C.—¿Por qué no nos ayudas a los que queremos trabajar?

P.—Os quiero ayudar más de lo que piensas.

C.—¿Haciendo versos?

P.—Sí, haciendo versos.

C.—Dios manda que trabajemos.

P.—Dios dice que ganemos el pan con el sudor de nuestra frente.

C.—Siendo así, el trabajo es una virtud.

P.—Siendo así, no es una virtud: es un castigo.

C.—¿Un castigo, dices?

P.—Un castigo que llaman virtud los que nos hacen trabajar.

C.—¿Y cómo nos vamos a ganar la vida los pobres?

P.—Dejándonos engañar con el trabajo, creyendo que es virtud.

C.—Calla y no me desanimas, Pierrot.

P.—¡Tonta! Si tengo tanto amor al trabajo como puedas tenerle tú; pero no a trabajar por fuerza. Si quiero que sea gozo y no castigo. Si quiero que sea un cántico y un coro. Si para mí ha de ser un regalo que hermosee la vida.

C.—¿Qué quieres decir?

P.—Escucha, escucha, Colombina mía. Hace cuatro días que estás co-siendo; que coses de día y de noche y a todas horas; que sale el sol, que se pone, que se viste el día sin que te des cuenta de ello; que la noche se llena de estrellas, y no las ves; que allá le-

jos deben estar floreciendo los árboles y no se abre ni una flor en tus ojos. Y tú, que tienes derecho a gozarla, ¿qué haces mientras estalla esta hermosa primavera?

C.—Tú lo has dicho: coser.

P.—¿Y qué coses?

C.—Un vestido de novia.

P.—¿Para tí?

C.—Para... ella.

P.—Para las demás. Para una que llamará virtud, si es que se lo llama, a nuestra pobreza; para una que le lucirá triunfalmente, y le llevará por... virtud; para una que recordará que en este rincón de guardilla hay un nido de virtud, un nido que vela y eso que es primavera; un nido que no canta para que ellos canten; un nido en donde no hay tiempo de llorar, porque llorando se pierden horas.

C.—¿Y qué le voy a hacer? Dímelo.

P.—No me harías caso. Los pierrots, cuando dan consejos, hacen reír.

C.—Yo no me reiré nunca de tí, Pierrot.

P.—Entonces canta conmigo: haz canciones.

C.—¿Para quién?

P.—Para los que trabajan y sufren; para los que están tristes en la tierra por falta de corazones que los alegren.

C.—¿Y somos nosotros los que les tenemos que alegrar?

P.—¿Quién ha de ser, si no son los Pierrots? ¿No ves que hoy todos trabajan para entristecer el mundo? ¿Que cada invento que hacen los hombres es para traer más de prisa la tristeza, por alambre, por el aire, por todas partes? ¿Que el hombre aprende todas las lenguas para contagiar la melancolía por más medios distintos? ¿Que corre desalado como el viento para llevar más pronto la mala noticia? ¿No ves que hasta a nosotros los pierrots nos querrían uncir a una máquina, y hacernos máquina, y ponernos correas de transmisión por nervios, y caldera por corazón, y de eso que llaman espíritu hacer un reloj automático?

C.—Es verdad.

P.—Pues eso no puede ser, Colombina. Si hay hombres negros que tra-

bajan, también ha de haber pierrots blancos que les alegren, ermitaños de la alegría, predicadores del desorden, sayones del sentido común, jardineros del ideal, que en medio de tantos huertos de verdura cuiden las flores de la poesía.

C.—¿Y qué hemos de hacer para lograrlo?

P.—Seguir el calvario de los pierrots, condenados a todos los desprecios; oír a cada lado del camino el escarnio de los descreídos; pasar altivos por entre los necios serios; ver el sonreír de los gordos; sufrir el resoplido de los hartos; huir del oro de los ricos; mirar como espantajos a los que quieren guardar su trigo, y llegar al hospital de los tristes y darles serenata a la puerta.

C.—¡Ay, Pierrot! ¿Y qué comeremos por el camino?

P.—Besos.

C.—¿Y cómo dormiremos?

P.—Abrazados.

C.—Y si tenemos pierrots pequeñitos?

P.—Les abriremos la jaula, y que vuelen.

C.—No podrá ser eso que sueñas.

P.—Los sacrificios parecen sueños, tal los han puesto los hombres. Y yo te pido el sacrificio más grande: el sacrificio de hacer reír, y riendo hacer pensar al pueblo, y por el pensamiento, hacerle libre. (*La coge de la mano y la lleva a la ventana.*) Ven conmigo y deja la máquina. Ven conmigo y mira. ¿Qué ves?

C.—La ciudad.

P.—¿Y en el cielo, qué ves?

C.—La puesta de sol.

P.—¿Y qué ves, entre esta negrura, allí en el fondo?

C.—Una línea azul.

P.—Aquella línea son hombres que vuelven, que vuelven del trabajo. ¿Ves alguno que vaya vestido de blanco como nosotros? ¿Ves alguno que se distinga de los demás?

C.—Todos son iguales.

P.—¿Y sabes por qué son todos iguales? ¿Por qué todos parecen un ejército? Porque todos están tristes de la misma manera, y la tristeza convierte en rebaño a los tristes.

C.—Tienes razón.

P.—Mira ¿ves unos que se separan y levantan los brazos? ¿Sabes por qué miran a lo alto? Porque cantan.

C.—Sí que es verdad.

P.—¿Y oyes lo que cantan?

C.—No.

P.—Cantan una canción mía.

C.—Es verdad. Aquella que escribiste en mis brazos.

P.—¡Ah! ¿Oyes? Cantan, cantan libertad, amor, fraternidad, juventud y alegría, todo lo que no se puede decir en prosa. Mira como ya no son rebaño, como de la voz de cada uno brota un movimiento de armonía. Sí. Para ellos hemos de trabajar. Para ellos han de ser nuestras canciones. Para los que padecen y esperan. Vamos a ayudarlos, Colombina. Los pierrots de hoy día no tienen que coser para los ricos: tienen que cantar para los pobres.

Del libro «Aldea ilusoria», de G. Martínez Sierra.—Libros del mismo autor que puede pedir la LECTURA BARATA, de Falcó, Zeledón & Cía.: «El poema del trabajo», «Diálogos fantásticos», «Flores de escarcha», «Almas ausentes», «Horas de sol», «La humilde verdad», etc.

Instrucción primaria

Lo que menos importa es que el maestro enseñe o no gramática, geografía y aritmética.

En primer lugar, no se aprende nada, por competente que sea el profesor, hasta los quince años. El cere-

bro infantil no puede abstraer, lo mismo que no puede el estómago de un recién nacido digerir carne. Hasta pasada la pubertud no se generaliza, no se comprende. ¿Para qué convertir a los niños en malos fonógrafos, para

qué profanar su tierna inteligencia? Basta excitar su curiosidad libre, mantener la elasticidad de su ingenio nativo, tan fácilmente asfixiado bajo las idiotas lecciones de texto; basta conservar el juego de su salud mental. Se hace lo contrario; se le embrutece mediante su propia memoria, se le castra el entendimiento por el terror; se le encarcela y se le tortura, se le hace odiar el arte y la ciencia por toda la vida; se le enemista definitivamente con los libros y con la naturaleza. Cuando ha concluido sus funestos estudios, es difícil salvarle.

Un maestro que no se hace querer, que no reduce su pedagogía a contar en clase bellos cuentos, que no desdeña la simple tarea del dómine por la grave tarea de inspirar amor a la verdad y a la justicia, aunque no sea aun tiempo de conocer la una ni de practicar la otra, es un mal maestro.

En la escuela hay que adquirir el hábito de no mentir y de atender a las molestias y a los sufrimientos del prójimo. Hay que salir de ella verídico, compasivo y cortés. Esto es lo importante.

Y de lo que nadie se ocupa.

En lugar de templar los resortes morales del niño, los únicos accesibles, se le asegura seriamente que la tierra que pisa es una bola danzante en torno del sol. Pocas escenas sociales son de un cómico más terrible.

Tuve noticia de un institutor que recordaba a sus alumnos la forma del planeta recomendándoles que le miraran al bolsillo del chaleco, donde el reloj dibujaba un bulto circular. Por desgracia el día de los exámenes, se olvidó de traer el reloj; en su puesto había una caja de fósforos. Todos los discípulos contestaron que la tierra era cuadrada.

Cuando me explicaron, de mucho, lo que representan esos globos de yeso en cuya redondez se pintan los continentes y los mares, creí que las poblaciones se encontraban dentro de la esfera. Tomé la convexidad terráquea por la concavidad celeste. Error muy natural, que tardé mucho en

corregir. A mi vista, la única figura redonda y enorme que la realidad me ofrecía era la del firmamento.

*Recuerdo una niña de escuela, narra Henry George, muy adelantada en geografía y astronomía, que se asombró mucho al saber que el suelo del corral de su casa era superficie terrestre; y observaréis si habláis con los niños, que la mayor parte de los conocimientos que se les enseñan son parecidos a los de aquella niña. *Raras veces discurren mejor, y con frecuencia mucho peor que cuando nunca han ido al colegio.*

Pero aunque se trasmitiesen a esa edad nociones científicas, cosa imposible, ¿de qué servirían? ¿en qué perfeccionarían, por sí solas, el espíritu humano? No es la razón, más ó menos amueblada, sino la voluntad lo que hace marchar al mundo. No es urgente desarrollar el caletre, sino el carácter. Instruid a un malvado, y le habréis dado armas para que os ataque. Instruid a un imbécil, y habréis dado importancia y volumen a su imbecilidad.

El pueblo se emancipa poco a poco de la miseria en que vive, no por la instrucción, sino por la fuerza de su sagrada cólera. Todos los pobladores saben leer y escribir en China; en ningún sitio arrastran las masas tan lamentable existencia.

Si la instrucción fuera en sí eficaz, ¿no la habrían explotado, en provecho propio, los maestros mismos, no habrían logrado, en las generaciones que educaban, inculcar consideración y respeto a la humilde clase de profesores elementales, cruelmente tratada en todos los países? ¿No habrían conseguido hacerse pagar mejor?

Los gobiernos han descubierto que la instrucción obligatoria no les compromete, como ocurriría si en las escuelas se aumentara el vigor moral de los contribuyentes. Los gobiernos montan con entera confianza la maquinaria académica; hacen a veces de ella, como sucede en Francia, una agencia política. Les permite siempre obsequiar con empleos a sus amigos, y

extender más y más la epidemia burocrática.

Sería una fuente de regeneración incalculable, aquí sobre todo, donde los hogares, mal constituidos, hacen muy poco en favor de los hijos, enviar a la campaña un heroico regimiento de cien maestros, cien hombres de corazón, capaces de ser estimados por los niños, y resueltos a sembrar en las almas auroras el germen de la sinceridad

y de la libertad ideas. Pero esos hombres, ¿los habrá en Paraguay, los habrá en América, los habrá en este valle de lágrimas?

Rafael Barret

En la LECTURA BARATA, de Falcó, Zeledón & Cía., están a la venta las obras de Rafael Barret: «Moralidades actuales», «Lo que son los yerbales», «El dolor paraguayo», «Cuentos breves» (Del natural), «Mirando vivir», «Al margen», «Ideas y críticas».

Notas editoriales

Sinite parvulos venire ad me

He aquí las palabras que nuestro corazón creará escuchar que se escapan por la puerta de aquel edificio que hasta el año pasado fué nuestro Cuartel Principal, cuando se abra para dejar entrar a los niños que van a educarse e instruirse a la sombra de su techo.

¡Un cuartel que desaloja sus armas y sus soldados y ofrece campo a la escuela! Realidad que llena de alegría más de un espíritu.

Se me dirá que las armas y los soldados no han hecho otra cosa que cambiar de sitio. Sin embargo, pienso ya es algo reducir el campo que ocupan.

Al comenzar las clases en este recinto debería hacerse una fiesta cuyo recuerdo no se borraría nunca de la memoria de los niños que a ella asistieran. Una fiesta que los hiciera sentir como la vida es bella y buena cuando los hombres saben ser hermanos, cuando se miran unos a otros sin desconfianza.

En estos días, pues, al iniciarse el año escolar, la gran puerta del cuartel que sólo supo abrirse siempre con el gesto desconfiado de quien guarda algo que puede dañar al prójimo, estará de par en par ofreciendo entrada y salida a los grupos bulliciosos de

nuestros chiquillos, con el ademán franco y noble de aquel que en su interior lleva pensamientos bondadosos.

Ya nos parece cambiado el aspecto duro que tenía el edificio con sus centinelas ridículamente inmóviles y armados de bayonetas, con las figuras desgarradas y tristes de sus soldados y las de los oficiales con aires de héroe de bastidores; aspecto que hacía más duro el silencio que de allí salía, el cual parecía estar diciendo a gritos lo que puede la fuerza del plomo y del acero y el cual era desgarrado a veces por el ruido frío y metálico de las cornetas, de las armas y de las voces de mando.

Desde ahora me regocijo al pensamiento de que al pasar por allí creeré ver sonreír el viejo caserón al mirar caras infantiles asomadas a sus ventanillas o bandadas de niños que se precipitan por las puertas. Y el rumor de aquel silencio estúpido no maltratará más nuestro oído: el corazón creará percibir el sonido intenso de una humanidad fresca que corre como un río y va cantando el «Amaos los unos a los otros» del buen Jesús.

Ojalá que de la disciplina que allí movió a los hombres a golpes de voz y de corneta, no quede ni la más leve sombra. Ah! que de esa disciplina, que a pesar de toda la literatura que contra ella se ha hecho entre nosotros,

Lea el 'Boletín Bibliográfico' No. 4 de la última página. Le interesa.

todavía tiene sus adeptos en nuestras escuelas y que pretende que los niños sólo hablen y se muevan cuando el maestro lo permita, como polichinelas de madera a quienes se tira de una cuerda, vieja gruñona que se tapa los oídos cada vez que un grito se escapa de una boca, no reste ni una migaja.

No es que nuestro optimismo llegue a desatender los defectos de los niños, no, pero aborrecemos esa arbitrariedad que ejercen *los grandes* sobre ellos, sencillamente porque son más fuertes.

Tengo la esperanza que nunca cuando en horas de labor transite por los alrededores del que fué el Cuartel Principal, sienta salir de allí el silencio desconsolador que se escapa de las casas deshabitadas. Ya sueño que al rumor de los árboles del parque y al de la fuente, se unirá el de las risas, el de las voces juveniles que hablan o cantan envueltas en la música del piano que acompaña, y sueño también que dominando todo este rumor sonarán llenas de bondad, llenas de amor las voces de los maestros.

El Combate

Armado con su ironía sin veneno y envuelto en una filosofía encilla y amena, ha llegado a nuestras manos el libro de Eduardo Calsamiglia, *El Combate*.

Entre las obras que contiene, el dra-

ma titulado *El Combate* es para mí lo mejor del libro. Está empapado en una filosofía llena de esa sabia tolerancia que guía los actos de quien baja al fondo de los sentimientos humanos.

El verso con que algunas de las piezas están tejidas, es sonoro y espontáneo; parece oírsele brotar de la punta de su pluma, sin vacilaciones ni rebuscamientos e ir quedando tras ella sobre el papel, como un escape entre el cual brilla el hilo de risa de su burla simpática.

Angela Baldares

He aquí una joven maestra que encierra muchas esperanzas para nuestra enseñanza. Acaba de ser nombrada directora de una de las escuelas de esta ciudad. Yo confío más en su juventud y en su entusiasmo por el estudio que en las cabezas canas y rebozantes de experiencia que casi siempre van acompañadas de un corazón cansado.

Es los ratos que la escuela le deja libre, cultiva con cariño sus aficiones literarias. Su trabajo sobre Lugones que hoy tenemos el gusto de ofrecer, es una prueba de su laboriosidad. Ahora hace un estudio de nuestro poeta Aquileo Echeverría, que esperamos ver publicado muy pronto.

A los Abogados

Hemos sido encargados de la Agencia en este país de la importante *Revista de Derecho Privado* que se publica en España, la mejor de cuantas hoy se escriben en castellano, según opinión de los entendidos.

SUMARIO del nº 49:—I. *Representación de los hijos de hermanos naturales*, por Enrique Pérez Ardá, Abogado.—II. CUESTIONES PRÁCTICAS.—*¿Es válida y eficaz la declaración de rebeldía del demandado, hecha antes de ser requerido de inhibición el juez que la decretó?*, por Pedro Calvo y Camina,

Juez de primera instancia, Presidente del Tribunal Industrial de Madrid.—III. JURISPRUDENCIA DEL TRIBUNAL SUPREMO, por Ignacio de Casso.—JURISPRUDENCIA HIPOTECARIA, por J. Domínguez Barros, Registrador de la Propiedad.—IV. REVISTA DE REVISTAS, *En idioma castellano*, por R. Fernández de Velasco.—*En idiomas extranjeros*, por Rafael Atard y F. Cándil.—REVISTA BIBLIOGRÁFICA, por Galo Sánchez.

Suscripción al año, ₡ 8-00.—Lectura Barata, Falcó, Zeledón & Cía.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

LECTURA BARATA, LIBRERÍA DE FALCO, ZELEDON & Cía.

LAS NOVEDADES DE LA QUINCENA

Viajes de Gulliver, por J. Swift. Un tomo empastado. Precio: ₡ 3.00.
Aventuras de Telémaco, por Mons. S. Sallignac. Un tomo emp. Precio: ₡ 3.00.
Robinson Crusoe, por Daniel de Foe. Un tomo empastado. Precio: ₡ 3.00.
Aladino o La lámpara maravillosa. Un tomo empastado. Precio: ₡ 2.00.
Simbad el marino. Un tomo empastado. Precio: ₡ 2.00.
Los senderos de la fortuna, por Ernesto A. Bryant. Un tomo emp. Precio: ₡ 2.00.
Leyendas de Flandes. Relatos instructivos. Un tomo emp. Precio: ₡ 2.00.
Cuentos de la Alhambra, por W. Irving. Un tomo emp. Precio: ₡ 2.00.
La hermana desaparecida, por Mayne Reid. Un tomo emp. Precio: ₡ 2.00.
Martín el tonelero, por E. T. Hoffmann. Un tomo emp. Precio: ₡ 0.90.
Cristóbal Colón. Vida y viajes. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.90.
Cuentos de Andersen. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.90.
Cuentos cortos de los hermanos Grimm. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.90.
El último romano. Novelas instructivas. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.70.
Fábulas de Iriarte y Samaniego. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.70.
Leyendas de noche buena. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.70.
Los huevos de Pascua, por C. Schmid. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.50.
Cuentos de Carlos Perrault. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.50.
El pájaro azul, por la Condesa d'Aulnoy. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.50.
El ramo de oro, por Carlos Perrault. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.50.
Amor y pedagogía, por Miguel de Unamuno. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.50.
La Voluntad, por J. Martínez Ruiz. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.50.
La Dictadora, por Antonio Zozaya. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.50.
Reposo, por Rafael Altamira. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.50.
A fuego lento, por Emilio Bobadilla. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.50.
La humilde verdad, por G. Martínez Sierra. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.50.

¡Abajo las armas! (Premio «Nobel» en 1905), por Berta de Suttner. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.50.
Cenizas, por Gracia Deledda. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.50.
Jacinta, por Luis Capuana. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.50.
El camino del mal, por Gracia Deledda. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.50.
Insolación, por Emilia Pardo Bazán. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.80.
Morriña, por Emilia Pardo Bazán. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.80.
Al través de mis nervios, por E. Bobadilla. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.80.
Psicología y literatura, por Rafael Altamira. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.50.
El Mito de Psiquis, por Bonilla y San Martín. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.50.
El Filibusterismo, por José Rizal. Un tomo rústica. Precio: ₡ 1.50.
Siete ensayos, por R. U. Emerson. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.
Las leyes sociológicas, por G. de Greff. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.50.
Problemas sociales contemporáneos, por A. Loría. Un tomo emp. Precio: ₡ 0.50.
La defensa de los trabajadores y la jornada de las ocho horas, por C. Kautsky. Un tomo empastado. Precio: ₡ 0.50.
Filosofía y Sociología, por F. Giner de los Ríos. Un tomo emp. Precio: ₡ 0.50.
Leopardi a la luz de la ciencia, por G. Sergi. Dos tomos emp. Precio: ₡ 1.00.
Esencia del Cristianismo, por A. Harnack. Dos tomos emp. Precio: ₡ 1.00.
Evolución de las creencias y de las doctrinas políticas, por G. de Greff. Dos tomos empastados. Precio: ₡ 1.00.
La cuestión social es una cuestión moral, por Th. Ziegler. Dos t. emp.: ₡ 1.00.
El jardín de Epicuro, por Anatolio France. Un tomo emp. Precio: 0.50.
El Feminismo en las sociedades modernas, por E. González-Blanco. Tres tomos empastados. Precio: ₡ 1.50.

Los residentes fuera de la ciudad, en lugares donde el tren no llega, deben acompañar al precio indicado, DIEZ CÉNTIMOS para el porte de cada tomo.—No se servirá ningún pedido si no viene acompañado del importe.

BIBLIOTECA DOMENECH

CON POCO DINERO

PUEDE CUALQUIERA HACERSE DE UNA INTERESANTE BIBLIOTECA

Cada tomo *lujosamente empastado*, no vale más que 50 céntimos

AGENCIA EXCLUSIVA EN CENTRO AMÉRICA,

LECTURA BARATA, FALCÓ, ZELEDÓN & Cía

OBRAS PUBLICADAS:

- | | |
|---|---|
| ALMAS ANÓNIMAS, Eduardo Marquina | APUNTES DE UN DESCONOCIDO, 2 tomos, Fedor Dostoyeusky |
| MANZANA DE AÑÍS, Francis Jammes | LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, G. Miró |
| EL CASO LEAVENWORTH; esta obra consta de dos tomos, A. K. Green | EL ESPADA MONTES, Frank Harris |
| JACOBÉ, Joaquín Ruyra | JERUSALÉN EN DALECARLIA, S. Lagerlöf |
| ZALACAIN EL AVENTURERO, Pío Baroja | LA VOZ DE LAS CAMPANAS, C. Dickens |
| JUVENTUD DE PRÍNCIPE, W. M. Förster | HISTORIAS DE LOCOS, Miguel Sawa |
| TOM SAWYER, DETECTIVE, Mark Twain | NERTO, Federico Mistral |
| EL AMOR CATEDRÁTICO, G. Martínez S. | ANSIAS DE VIDA, Luis Q. Huertos |
| LA ENJUTA, Víctor Catalá | NUESTRAS HERMANAS, Henri Lavedan |
| ¡DIOS SALVE A LA REINA!, Allen Upward | ¿CULPABLE?, W. Le Queux |
| LA BELLA DORMÍA EN EL BOSQUE, Francois de Nion | EL LUNAR, Alfredo de Musset |
| REBELDÍA, Joaquín Dicenta | POR LA VIDA, J. Pous y Pagés |
| EL SEÑOR DE HALLEBORG, Hedenstjerna | LAS ROCAS BLANCAS, Eduardo Rod |
| KOLSTOMERO, Conde León Tolstoi | SU MAJESTAD, Henri Lavedan |
| CASA POR ALQUILAR, Carlos Dickens | EL CADÁVER VIVIENTE, León Tolstoi |
| MINNIE, Andrés Lichtenberger | EL REFLUJO, R. L. Stevenson |
| EL DRAGÓN DE FUEGO, Jacinto Benavente | ALMAS EN PENA, Bjornstjerne Björnson |
| ERNESTINA, Prudencio Bertrana | ERÓTICA, B. Morales San Martín |
| BODA OFICIAL, R. H. Savage | RELATO DE UN NIHILISTA, A. Tchekov |
| EL HURTO SABROSO, novela árabe, traducida por José Carnet | EL CUPÓN FALSO, León Tolstoi |
| REY EN LA TUMBA, Anthony Hope | MARÍA, Jorge Isaacs |
| FAUSTO, Ivan Turgueneff | DEL HUERTO PROVINCIANO, G. Miró |
| EL SILENCIO, Eduardo Rod | EL SECRETO DEL AHORCADO, C. Dickens |
| | BALADA, R. Sánchez Díaz |
| | EL ABISMO, C. Dickens y W. Collins |

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

LIBRO DE CARMEN LIRA

Deseo que se me considere como suscriptor a la obra de esta escritora nacional. Tomaré ejemplar.....

Nombre Dirección